

¿Sabéis siquiera quién soy?

Tras la impresionante 'Ventisca', Marie Vingtras regresa con 'Las almas feroces', un retrato de las comunidades pequeñas atravesadas por los secretos y los silencios

MARTA MARNE

Uno de los rasgos del género negro es la búsqueda de una respuesta. La investigación avanza guiada por las preguntas clásicas: quién lo hizo, por qué, cómo o qué ocurrió realmente. Pero ese esquema hace tiempo que dejó de ser suficiente. La novela negra contemporánea ya no se limita a esclarecer un crimen; lo utiliza como punto de partida para explorar qué secretos sostienen una vida o una comunidad, qué lleva a alguien a matar o hasta qué punto una muerte puede evitarse. Un desplazamiento del foco que sitúa el interés no solo en el caso, sino en lo que lo rodea.

Tras la impresionante *Ventisca*, Marie Vingtras (Rennes, Francia,

1972) regresa con *Las almas feroces*, una novela ambientada en Mercy, un pequeño pueblo de la América rural donde nunca ocurre nada. Una noche, Leo no regresa a casa. Lauren, la *sheriff*, encuentra su cuerpo entre unos lirios silvestres. La investigación demuestra pronto que el misterio no está tanto en cómo murió Leo como en quién era realmente.

Dividida en cuatro partes –una por cada estación–, la obra alterna cuatro voces narrativas y fragmentos que combinan presente y pasado para reconstruir, poco a poco, lo ocurrido en Mercy. Dentro de cada uno de ellos, Vingtras prescinde de diálogos y puntos y aparte, construyendo largos blo-

ques de texto que apenas conceden respiro hasta la siguiente pausa.

Buena parte de la fuerza de la novela reside en esa decisión formal. La historia podría resumirse en pocas líneas; lo extraordinario es cómo la cuenta. Ese flujo continuo imprime a la narración un ritmo particular que empuja al lector hacia adelante sin apenas detenerse. Aunque breve, la obra posee una densidad poco habitual, en la que cada fragmento incorpora nuevas capas de información y obliga a una lectura sostenida, atenta, casi continua.

Pero si la forma sostiene la lectura, el verdadero interés de *Las almas feroces* está en la radiografía que realiza de las pequeñas comunidades. En Mercy, los roles pare-

La mirada que se desvanece

Masashi Matsuie ofrece un alegato contra las prisas en 'La casa de verano'

FELIP BENS

Los japoneses son asombrosos. Sí, ya sé que no descubro nada. Otro mundo dentro de este mundo, difícil de entender con nuestra mentalidad. Y, sin embargo, parece imposible no sentirse fas-

cinado por ellos, a poco que abramos el foco. Confieso que me vacunó Mishima, hace años. No solo es la literatura, claro.

La casa de verano solo podría haberla escrito un nipón. Quizá solo un editor que lleva toda su vida preparándose para un artefacto li-

terario así. Tal vez únicamente un intelectual consciente de que su mirada sobre el mundo (y la de muchos como él, pero viejos) se desvanece. Y la quiere fijar, aunque sea como testimonio, porque en su fuero interno intuye que el mundo alberga cierta esperanza con ella, y que se va al garete sin ella.

Se esfuma esa mirada y la naturaleza que nos ha visto crecer. Por supuesto, también la forma de relacionarnos con ella, de antropizarla, de hacer las cosas con ella, de usar las manos, de sentirla... Esa evolución humana de milenios que está matando lo virtual. En Nara o en la Xara.

De repente, olvidamos cómo construir casas o historias con



Masashi Matsuie

La carretera donde nació la música moderna

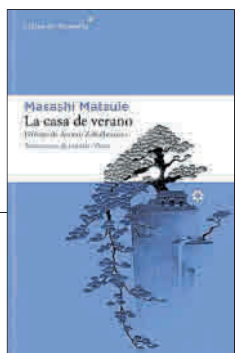
'Ruta 61', de Elena Ortega Mateos, se presenta como una guía, pero enseguida el lector advierte que la brújula que anima el camino no es la cartografía, sino el oído

JOSEP M. PALAU

En tiempos de mapas que prometen llegar siempre por el camino más corto, *Ruta 61. Un viaje sonoro siguiendo el Misisipi*, de Elena Ortega Mateos, propone una saludable alternativa: perderse por una carretera que no lleva solo de un punto a otro, sino de un sonido a otro, de una memoria a otra. Publicado por Anaya Touring, el libro se presenta como una guía de viaje, pero pronto el lector advierte que la brújula que lo anima no es la cartografía, sino el oído. La Highway 61 es el eje mítico que acompaña al Misisipi y atraviesa buena parte del imaginario musical norteamericano y, por ende, de la música moderna.

Ortega recorre más de 5.000 kilómetros y los convierte en una crónica de combustión lenta, atenta a los templos sagrados de los distintos estilos musicales – Nueva Orleans, Memphis, Saint Louis, Chicago, Nashville – y a los márgenes donde la épica se baja del pedestal y se mezcla con el polvo, la cocina sureña, los moteles, los clubs con poca luz y las confesiones de barra que explican más que cualquier monumento al uso. Ese es uno de los aciertos del volumen: buscar la leyenda en lo cotidiano, en las historias que uno vive sobre el terreno. En sus páginas comparecen Louis Armstrong, B. B. King, Elvis Presley, Mark Twain, William Faulkner y Martin Luther King, no como cli-

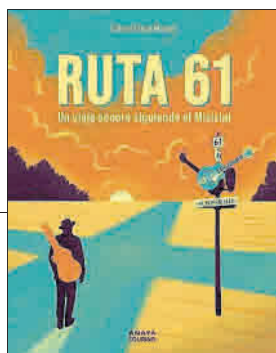
La autora entiende que el blues, el jazz, el soul y el country no nacen de una idea abstracta, sino de una geografía concreta y de una historia que no siempre resulta complaciente



La casa de verano

Masashi Matsuie

Traducción de Lourdes Porta
Libros del Asteroide
384 páginas. 23,70 euros



Ruta 61. Un viaje sonoro siguiendo el Misisipi

Elena Ortega Mateos

Anaya Touring
192 páginas. 27,50 euros

La historia podría resumirse en pocas líneas; lo extraordinario es cómo la cuenta. Ese flujo continuo imprime un ritmo particular que empuja al lector hacia adelante sin apenas detenerse

cen ligeramente desplazados. Lauren es una *sheriff* lesbiana; Donegan, un policía que rompe a llorar con frecuencia; Lucian, un banquero atrapado por la depresión. Con estos personajes, Vingtras subvierte los estereotipos del género y recuerda que las personas rara vez encajan en moldes prefijados. Todos viven acompañados por una mochila de silencios, culpas y secretos que permiten que la convivencia continúe sin resquebrajarse.

La autora disecciona con precisión ese frágil equilibrio sobre el que se sostienen las comunidades pequeñas. Los secretos familiares nunca permanecen entre cuatro paredes: acaban formando parte del tejido invisible que sostiene al



Marie Vingtras

pueblo. La aparente normalidad de Mercy depende precisamente de que muchas conversaciones permanezcan ocultas, de que determinadas verdades no salgan de una cocina o de una habitación cerrada. Hasta que dejan de hacerlo.

Esa convivencia entre lo esperado y lo inesperado evita que los personajes se conviertan en simples arquetipos. Algunos rasgos responden a convenciones bien conocidas —el profesor que abusa de su posición de poder o el político dispuesto a imponer su criterio—, pero Vingtras demuestra que incluso esos moldes admiten matices. Y, por extensión, que tampoco los culpables suelen responder a la imagen que esperamos de ellos.

calma y con afecto, que es la manera de hacerlo para que perduren y para disfrutar de unos cuantos chispazos de felicidad.

La obra de Matsuie es un alegato contra las prisas. La propia forma de leer la novela, saboreándola en cada párrafo, invita a la complicidad profunda con el autor. Su magistral construcción narrativa bebe de esa arquitectura que cuida cada detalle. Lo que nos cuenta también. Las obras maestras están proyectadas para perdurar. Esta novela perdurará. Y *La casa de verano* también, con su *katsura* floreciente, ese espacio que los lectores de Matsuei ya hemos incorporado como uno de los escenarios de nuestra propia vida.

No esperen una sesuda y aburrida reflexión sobre todo ello. Sí, de acuerdo, se describe la importancia de afilar los lápices como un ritual, pero hasta eso desprende belleza y placer. Estamos en el verano de 1982 y Tôru Sakanishi, joven arquitecto recién graduado, logra incorporarse al prestigioso estudio liderado por el veterano Shunsuke Murai, antiguo discípulo de Frank Lloyd Wright. Introspectivo y ensimismado, Murai roza una inocua sociopatía: «Es el colmo que incluso en vacaciones tenga que relacionarme con la gente», protesta tras volver de los conciertos en el pueblo al que escapan, huyendo del calor estival de Tokio. Los miembros

del estudio, con todas sus cosas, se trasladan a la emblemática residencia, ubicada en las faldas del monte Asama. Allí viven, sienten y trabajan, y ese año preparan el proyecto para el concurso del diseño de una gran biblioteca nacional. En este contexto se despliega una cautivadora historia coral de casi 400 páginas. Como no podía ser de otra forma, la traducción de Lourdes Porta se siente pulcra, minuciosa. Dejen para el final el prólogo de Anaxu Zabalbeascoa, como una cereza.

En la casa surgen el amor y el deseo —no solo por el arte, la naturaleza o la arquitectura—, especialmente entre los jóvenes. «Pensé que alguien capaz de di-

bujar aquellas líneas debía ser bueno en el amor», reflexiona Tôru en uno de tantos pasajes en que la arquitectura y la vida se imbrican hasta la médula. El arquitecto está aprendiendo con los mejores, y el joven está despertando al amor. Es también «su» verano del amor. Aún no lo sabe, pero marcará su vida. Hacia el final del libro, Tôru concluye que «la lógica de funcionamiento de los sentimientos humanos estaba presente en el corazón de la arquitectura del profesor [Murai]. Quizá por eso siempre decía: 'La arquitectura no es arte. La arquitectura es la realidad misma'». ¿Es un libro de arquitectura? Quizá sí. La arquitectura nos relacio-

na con la naturaleza y sobre la lógica de ese diálogo se sustenta esta historia de amor.

Durante días observas el libro en la mesilla, de reojo. Quieres comprar un billete: vivir en las faldas del Asama, ver florecer la *katsura*, hacerte amigo de Katsuei y de Murai, conocer a Tôru, a Mariko, a Yukiko, pasear con ella una noche cerrada sin más luz que las luciérnagas: «Fundida en las tinieblas, Yukiko era prácticamente invisible. En medio de la negra noche, lo único real era el tacto de su mano».

Sin embargo, no existe. Es ficción. Y, si no lo es, se esfumó. Era la juventud de Matsuei, probablemente. Queda su mirada, la nuestra, en franca decadencia.



Elena Ortega Mateos

chés de una ruta turística, sino como símbolos de un territorio donde la música, la literatura y la lucha por los derechos civiles se confunden.

La autora entiende que el blues, el jazz, el soul y el country no nacen de una idea abstracta, sino de una geografía concreta y de una historia que no siempre resulta complaciente. En las orillas del Misisipi resuenan tambores africanos, cantos espirituales, guitarras fatigadas y ecos de campos de algodón, un poco a la manera de la película *Sinners* de Ryan Coogler. De hecho, varios de los músicos que aparecen en el filme son entrevistados en las páginas del libro. El mérito de Ortega consiste en no barnizar ese paisaje con nostalgia

de catálogo. Hay emociones que conectan con su pasado familiar vinculado a la interpretación musical, pero también contexto viajero y cierta mirada crítica.

Como guía, *Ruta 61* resulta útil por su sentido práctico y por la voluntad de señalar paradas conocidas y desvíos menos evidentes, aunque quizá ese sea su defecto, puesto que los datos que permiten organizar el viaje se intercalan con una narración personal de la autora a modo de crónica personal, dejando el libro en un terreno híbrido que quizá confunda al potencial lector. Sin embargo, el conjunto dialoga de forma fluida y puede satisfacer tanto al que busca inspiración musical como al que se de-

ja tentar por el relato viajero. Quizá en algunos pasajes se deja arrastrar por la tentación enumerativa propia del género —nombres, ciudades, estilos, referencias—, y el lector puede echar de menos algún silencio. Pero esa abundancia responde también a la naturaleza de una ruta tan extensa que, necesariamente, requiere espacio para ser contada.

El resultado es un libro amable sin ser complaciente, divulgativo sin renunciar a la textura literaria, y recomendable para quienes sospechan que la música popular del siglo XX no se entiende del todo desde una lista de reproducción. Buenas ilustraciones y muchas fotos completan esta invitación a explorar.